

Cuatro cartas a Rosario de la Peña

MANUEL M. FLORES

Noviembre 11 de 1874

MI ROSARIO, DULCÍSIMA ALMA MÍA:

Es imposible, me decía yo a mí mismo, es imposible que pueda amarla más. Es imposible y sin embargo es cierto. ¡Te amo más, vida mía! Con cuanto amor pueda caber en el alma de un hombre, con cuanta pasión, con cuanta ternura puede ofrecerse a una mujer en este mundo.

Haber estado a tu lado es haber soñado; dejarte es despertar. Y yo no puedo decirte, Rosario mía, qué es lo que me pasa desde que te dejé. Es una mezcla indefinible de dicha, de ternura y de tristeza, pero todo esto grande, intenso, supremo es algo que apenas cabe en mi corazón, y que lo hincha, y que me hace mal...

También en otra vez, cuando te conocí, cuando a la hora más imprevista de nuestra vida, al encontrarse nuestras almas, sin hablarse de amores se adoraron; también entonces, al dejarte, al volverme a encontrar solo ante mis recuerdos y tu imagen, creí que despertaba... Pero lo que ahora experimento es más ¡mucho más! Aquello es ya un grande amor, y sin embargo no ha sido sino la pálida sombra del que ahora es. Entonces eras mi amada, mi muy amada... pero ahora te siento en mi alma como una parte entraña-

ble de ella misma, como algo tan mío, tan profundamente, tan eternamente mío que ni yo mismo me concibo sin ti.

Experimento la necesidad de otra vida, estoy impaciente por sustraerme a estos sueños, a esta dulce pereza, a esta indolencia que han formado durante mi juventud mi vida de versista... —ahora quiero el prosaísmo de los negocios, la ciencia de la riqueza... improvisarme, aunque modesto, el rápido camino a cuyo término se abre mi hogar.

Rosario, mujer de adoración, mujer transfigurada por el amor... te estoy gritando que te amo!

Perdóname; yo no supe decírtelo bien... que te amaba! que te amo! Junto a ti tengo no se qué atonía, no se qué aturdimiento... Después, aún a costa de mi vida, quisiera comprar un instante en que pudiera entibiar tus pies con mis besos.

M.

Enero 27 de 1875

¿Se acuerdan tus labios de la llama de un beso? ¿Se acuerda tu alma de la emoción de una lágrima?

Esto son tus cartas, vida mía.

Por más que yo sea el ateo del amor y el réprobo de la dicha, yo no puedo menos de creer que el amor existe pues que tiene estas intuiciones, estas adivinaciones: el momento preciso en que yo necesito de tu palabra de amor.

Tú no sabes todo el bien que en ella me haces, Rosario!.. Por eso cuando pienso en ti, mi pensamiento es una adoración.

¡Gracias, alma de amor, por tus palabras! Ellas me besan el alma. Y si fuera desaliento lo que yo experimento, bastarían, ellas solas para darme la fuerza y la energía necesaria para transformarme. Pero no es desaliento, no es debilidad: es un disgusto profundo, inmenso, incurable de mí mismo. ¿Conoces tú vida mía, un remedio para esto?..

Dices que no estoy enfermo, que no tengo cuidados, y que esto no es más que el pretexto para no escribirte; que la verdadera causa es que estaba enojado por una de tus cartas. ¿Por qué me juegas así, Rosario?, ¿por qué me crees tan mezquinamente rencoroso? Si tal hubiera sido, habría hecho lo que otras veces; decirte, “estoy descontento de tu carta”. Lo que te he dicho es verdad, y al ver tu incredulidad tentado estaba yo a hacer respecto de mi salud lo que hice respecto de los telegramas que sabes; enviarte un certificado. Y en cuanto a si tengo cuidados, Juan Peza, que como escritor

público está al tanto de las actualidades de la política, podría decirte en qué situación difícil, crítica y casi imposible ha colocado la Suprema Corte de Justicia a la administración de Ramos Vargas. Yo estoy identificado con esa administración: de su existencia depende mi porvenir, mi vida, es decir, tú, Rosario mía, nuestra unión, nuestra dicha. Contra esa situación extrema estamos luchando y lucharemos con toda la energía; con toda la decisión capaces de hacernos triunfar.

Ya ves que no hay en mí desaliento; pero tampoco estoy libre de cuidados que deban preocuparme.

Rosario, esposa mía, sé indulgente conmigo, y ten confianza en mí y en mi amor.

Por lo que te he dicho no puedo ir a verte tan pronto como quiero, pero iré. Adiós; con toda la mía beso tu alma.

Manuel

México, hacia 1876
(después de noviembre)

Aquí en el fondo de mi alma están tus lágrimas, Rosario.

Perdóname el egoísmo de mi amor, pero yo bendigo esas lágrimas, las bendigo a pesar de que significan un sufrimiento en sí; porque ha sido el bautismo de fuego, una creencia que nació y ha vivido indecisa y vacilante: la de tu amor a mí. Mi alma se ha fecundado con ese ardiente rocío, y casi de improviso ha brotado, pero exuberante y magnífica, como el aloe que florece en una noche, la rosa imposible de mi fe.

Creo en ti, Rosario, creo en tu amor, en tu corazón de mujer. —Y no precisamente porque hayas llorado; y bien sé que las lágrimas se falsifican como las perlas, sino porque al beber tu llanto con mis besos, sin saber cómo, pero de una manera irresistible, *me he sentido amado!*

Yo no podré explicarle lo que en mí pasa, pero lo siento íntimamente. Estoy en un momento lúgubre: todo en mi derredor, todo lo que forma mi situación es amargo y sombrío. Cuando pienso en ese otro amor que con el tuyo ocupa sin dividir, mi alma, en mi madre, en esa cabeza cana que tiembla en este instante al áspero frío de la miseria... te digo, Rosario, que siento en mi espíritu la noche, en mi corazón la angustia y en mis labios la imprecación.

Estoy en un momento lúgubre... He visto tu dolor, he besado tus lágrimas... Nos vamos a separar... Mañana a la hora en que te estoy escribiendo, te habré dicho Adiós!..

Ya ves que todo esto es horrible.

Y, sin embargo, en el fondo de mi alma hay yo no sé qué alegría insensata, qué regocijo mudo e inefable... *me siento amado*, amado por ti, Rosario, con el amor que de ti ambicionaba...

¡Bendita seas!

Cuando al caer la tarde salgas por ese campo querido de nuestros últimos paseos, cuando vuelvas a sentarte, solitaria, en ese lugar mismo en que hoy estuvimos acuérdate, Rosario, de que allí he besado tus lágrimas, y que por ellas te ha hecho mi alma el juramento de su fe, de su amor, de la lealtad.

Yo no te digo adiós, porque esa es la palabra absurda, imposible en el amor de las almas, que no pueden separarse sino por el olvido... y tú bien sabes que no podríamos jamás olvidarnos.

Y no te digo adiós porque muy pronto volveré a tu lado: yo no podría ya vivir largo tiempo sin ti.

La dicha además tiene para nosotros la deuda de nuestros pesares de este momento, y nos pagará esa deuda... tengo la convicción de ello. Nunca como ahora he sentido tan robusta mi esperanza, porque nunca como ahora he sentido tan poderoso mi amor. Con toda mi alma te beso, oh, mi Rosario!

Manuel

Febrero 13 1883

ALMA MÍA, MI AMOR, ROSARIO MÍA:

“Perdóname”, es la primera palabra que viene a mi pluma al comenzar a escribirte; perdóname el disgusto, la inquietud que con mi largo silencio te haya hecho sufrir, y los comentarios que por causa de él se hayan formado, y las dudas que en tu propio corazón habrán nacido, oh mi adorable y noble Rosario.

Te lo he dicho muchas veces, y te lo diré y te lo repetiré todavía y siempre: ese silencio no significa —jamás— olvido, desamor, indiferencia, no; es simplemente el resultado de mi cerebro enfermo, de mis ojos ciegos, de ese estado permanente y ya crónico de malestar y dolor físico y de atonía moral.

Desde que vine aquí no he tenido un solo día bueno: tengo por enemigo dos de los principales elementos de la vida, que son la luz y el agua, un sol deslumbrador que me ciega y el agua que me daña el estómago. He tenido días pesados; ahora me estoy curando, y sólo espero restablecerme un poco de la debilidad en que estoy, para volar a tu lado, entre tus brazos, mi sola amiga, mi solo amor, mi sola consolación sobre la tierra.

Jamás, Rosario mía (y esto te lo he dicho [...] veces porque así lo siento), jamás podré pagarte cuanto te debo; y esto no sólo por tu noble conducta para conmigo, no sólo por tu amor y tu constancia; sino por esas finezas tuyas que en su misma sencillez revelan no sólo la bondad de tu talento sino también la de tu corazón. Me

refiero a la visita que hiciste el 16 del pasado a la tumba de *nuestra* madre y el envío de flores cortadas de su tumba⁸...

¡Gracias, gracias alma querida de mi corazón! —Que esa Santa madre que te vio allí y te bendijo, te pague desde el cielo lo que el hijo no puede pagarte sobre la tierra.

Tú no sabes cuánto me conmovió ese delicado rasgo de tu cariño. Esa flor tan modesta y para mí tan preciosa, esa flor cortada de la tumba de mi madre y dada a mí por la elegida de mi corazón, confunde en uno solo los dos recuerdos más supremamente adorados de mi vida. Hubiera yo querido que esa flor hubiera tenido en sus secos pétalos algo de vida, algo de tu propia alma para que hubiera sentido el inmenso cariño y la tristeza de mis besos, acaso de mis lágrimas...

Cuando vuelvas a hacer aquella visita —porque espero que volverás ¿no es verdad?— te ruego que veas al Sr. Alberto Lavage, encargado del jardín del panteón: hay que pagarle un peso mensual por el cuidado de las flores de la tumba de nuestra madre. Se le deben dos, el de enero y del presente febrero; págaselos, y los demás se le irán dando a medida que se cumplan. Al efecto te mando un billete de cinco pesos.

Escríbeme, Rosario; no me guardes rencor ni me castigues por mi silencio; tú no tienes como yo la pena de necesitar *dos días* para escribir poco a poco una carta tan corta como la que lees. Háblame sobre todo de ti, de lo que te pase, de tus penas, aunque sea de tus disgustos. Sigue haciéndome aquellas confidencias que la ausencia vino a interrumpir. Dime también algo de Asunción y de Margarita, y te ruego des mis recuerdos a mi tocayo Luis, y a Nacho Altamirano.

¡Y que te vea yo pronto! —Desde que te dejé no saben mis labios lo que es un beso, y tengo sed de ti— te avisaré oportuna-

⁸ La madre de Manuel M. Flores murió el 16 de agosto de 1882.

mente cuando me vaya a fin de arreglar algo— Adiós, mi amor, mi vida, mi esperanza. Pensar en ti es amarte, y siempre pienso en ti.

Manuel

Edición de Mariana Mendía

- Documentos para la historia del México independiente, Reforma y República restaurada (1823-1877)* Estudio histórico y selección de Horacio Labastida. México: Porrúa, 1998.
- EZELL WEEKS, Grace. *Manuel M. Flores. El artista y el hombre*. México: Costa Amic, 1969.
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, José. *Rosario, la de Acuña*. México: Librería Española, 1920.
- Memoria y encuentros: La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, tomos II y III. Comps. Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti. México: Instituto de Investigaciones Históricas Doctor José María Luis Mora, 1998.
- OROZCO Y BERRA, Manuel. *Historia de la Ciudad de México desde su fundación hasta 1854*. México: Secretaría de Educación Pública, 1974.

**Manuscritos del Centro Escolar Francisco I. Madero*
Ciudad Serdán, Puebla:

Manuscrito autobiográfico de 1878.

Cartas (unas con fecha aproximada, tomando como base referencias temporales y fechas que atribuye Grace Ezell Weeks):

1874. septiembre 3, septiembre 16, octubre 3, octubre 7, octubre 19, octubre 22, noviembre 11, diciembre 19, diciembre 26, una sin fecha.

1875. enero 16, enero 27, febrero 14, febrero 16, febrero 28, marzo 3, marzo 10, marzo 17, marzo 21, abril s/f, abril 13, mayo 31, junio 16, junio 30, julio 14, agosto 19, agosto 25, agosto s/f, septiembre 10, octubre 20, dos sin fecha.

1876. marzo 26, tres s/f, noviembre, noviembre o diciembre

1877. dos sin fecha y una de junio 25.

1878. julio 25 y agosto 26.

1882. una sin fecha, diciembre 8.

1883. febrero 13.